

# letras de la nueva españa

ALFONSO REYES







ALFONSO REYES

*Letras de la Nueva España*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE BOLSILLO



Alfonso Reyes

# Letras de la Nueva España



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (SEP),	1946
Segunda edición (FCE-Tierra Firme),	1948
Tercera edición (Obras completas),	1960
Cuarta edición (Colección Popular),	1986
Quinta edición (Biblioteca Universitaria de Bolsillo),	2007

[Primera edición electrónica, 2013]

---

Reyes, Alfonso

Letras de la Nueva España / Alfonso Reyes. — 5ª ed. — México : FCE, 2007

153 p. : ilus. ; 17 × 11 cm — (Colec. Biblioteca Universitaria de Bolsillo)

ISBN 978-968-16-8329-0

I. Poesía Mexicana — Historia y Crítica — Siglo XVIII I. Ser.  
II. t.

LC PQ7161 R4

Dewey M861 R4571

---

### *Distribución mundial*

D. R. © 2007, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel.: 55-5227-4672

Editor: MARTÍ SOLER

Diseño de portada: LEÓN MUÑOZ SANTINI

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-8329-0 (rústico)

ISBN 978-607-16-1679-1 (epub)

ISBN 978-607-16-1717-0 (mobi)

ISBN 978-607-16-3778-9 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## ÍNDICE

Proemio . . . . .	9
Introducción: poesía indígena . . . . .	11
I. <i>La hispanización</i> . . . . .	31
II. <i>La crónica</i> . . . . .	46
III. <i>Teatro misionario</i> . . . . .	59
IV. <i>El teatro criollo en el siglo XVI</i> . . . . .	66
V. <i>Primavera colonial (XVI-XVII)</i> . . . . .	74
VI. <i>Virreinato de filigrana (XVII-XVIII)</i> . . . . .	90
VII. <i>La era crítica (XVIII-XIX)</i> . . . . .	123
<i>Bibliografía sumaria</i> . . . . .	143
<i>Notas adicionales</i> . . . . .	148
<i>Cronología</i> . . . . .	149



## PROEMIO

En el volumen de varios autores *México y la cultura* (Secretaría de Educación Pública, 1946), apareció la primera versión de este ensayo, bajo el título *Las letras patrias*, seguido de una segunda parte que abarca de la Independencia a nuestros días, debida a la pluma de don José Luis Martínez. Al recoger aquí la parte relativa a las letras de la Nueva España —y esperamos que el señor Martínez no tardará mucho en publicar a su vez separadamente las páginas con que él contribuyó al conjunto y que actualmente ha puesto otra vez en trama, sometiéndolas a una nueva y profunda elaboración—, hemos conservado, con leves redibujos, el capítulo I, “Poesía indígena”, a manera de introducción, y hemos añadido los capítulos siguientes: I, “La hispanización”; II, “La crónica”; III, “Teatro misionario”; IV, “El teatro criollo en el siglo XVI”. Como consecuencia, el antiguo capítulo II, “Primavera colonial (XVI-XVII)”, pasa a ser capítulo V y ha sufrido muchas modificaciones. De allí en adelante, salvo los inevitables retoques que siempre se ofrecen a la relectura de las propias obras, se conserva más o menos la versión primitiva.

Aunque hago al pie de las páginas algunas referencias indispensables, reconozco una deuda general para con la crítica mexicana contemporánea, y me remito a la sumaria bibliografía final, ordenada por don José Luis Martínez.

A. R.



## INTRODUCCIÓN: POESÍA INDÍGENA

1. LA LITERATURA española, bajo sus formas populares, las más prendidas al coloquio, las menos prendidas al alfabeto, entró a México por boca de los mismos conquistadores: proverbios y romances que Hernán Cortés y sus tenientes se cambiaban de caballo a caballo. Dos o tres pasajes de Bernal Díaz del Castillo representan esta hora simbólica. Ya es Cortés que dice a Juan de Escalante: “¡Cabra coja no tenga siesta!”, disponiéndose a averiguar en persona qué destino trae cierta nave surta en aguas de la Villa-Rica. Ya es Hernández Puerto-carrero que, a la vista de San Juan de Ulúa, evoca el romance de Calañós.

—Cata Francia, Montesinos;  
cata París la ciudad;  
cata las aguas del Duero,  
do van a dar a la mar—,

y a quien, entendiéndole la intención, contestaba Cortés:

Dénos Dios ventura en armas  
como al paladín Roldán...

Ya es el bachiller Alonso Pérez que, después de la Noche Triste, oyendo suspirar a Cortés que contemplaba desde lo alto del templo de Tacuba la recién abandonada ciudad de México, le reprochaba suavemente: “Señor Capitán, no esté vuestra merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nero, de Tarpeya,  
a Roma cómo se ardía...”\*

Poco después, España nos enviará su literatura renacentista, cuyo acre verdor pronto se ablanda en la dulcedumbre petrarquizante y se sobresalta en las desazones estéticas del Siglo de Oro.—Y México ¿qué literatura autóctona poseía?

2. Hay una poesía indígena perdida en mucha parte, como enlazada con una civilización que el conquistador reprimía de caso pensado, confundida con un material religioso que el misionero tenía el encargo de expurgar, entendiéndolo como gentil y diabólico, y mal preservado en la tradición oral, puesto que el jeroglifo no podía preservarla como la partitura es capaz de preservar la música, y la escritura fonética apenas se ensayaba.

La gente conquistadora ¿qué había de cuidarse de respetar los documentos de aquella vetusta poesía, cuando los mismos tlaxcaltecas, aliados del invasor, dieron fin a los archivos de Texcoco y Tenochtitlán? Ella, transmitida de boca en boca, tal vez se refugia en los rincones más inaccesibles; huye o se disimula entre los últimos vates y sacerdotes, que más bien ocultan su jerarquía; asume aires de conspiración

\* (Los aficionados a la paremiología de Cortés recuerdan la Carta de relación en que, informando sobre la división y rivalidades que reinaban entre los indios, manifiesta lo mucho que ello hacía a su propósito maquiavélico “de más afna sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir: *Del monte, etc. [Del monte sale quien el monte quema]*; e aun acordéme de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur* [S. Mateo, 12, 25]”. A Cortés se le van los refranes hasta cuando escribe a su emperador.—En la Relación de Andrés de Tapia, Cortés, arengando a los suyos, exclama: “Dígoos un refrán que se dice en Castilla, que es: *Muera el asno o quien lo aguija...*” y poco más adelante: “Señores ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra decir: *Al alba dar en sus enemigos...*”)

y desaparece poco a poco. Sus últimos ecos expresan el terror ante los hombres blancos y barbados, la pólvora, los corceles. El soldado no era folklorista ni erudito. El misionero era, al menos, caritativamente curioso. Pero toda la piadosa comprensión de un Sahagún o la un tanto desconcertada de Durán no bastaban para detener el derrumbe histórico, ni tampoco se lo proponían.

Así, restaurada *a posteriori* y cuando ha dejado ya de existir, como quien revela las letras borrosas de un palimpsesto; retocada a veces; otras, estropeada al ser reducida al alfabeto; mezclada de textos auténticos, anteriores a la conquista, y de textos tardíos; ora reconstruida hipotéticamente por cuanto a sus asuntos; ora consciente o inconscientemente contaminada por el bagaje humanístico o bíblico del fraile que la recogía en los labios de sus azorados catecúmenos, ella ha dejado, sin embargo, reliquias de inconfundible aroma añejo, que acusan una estética y una ideación no europeas y que permiten apreciar su sabor.

Pertenece tal poesía a la etapa mítica de la mente —idea implicada en la emoción— que Vico ha llamado “la mente heroica”. Corresponde a aquella “barbarie” de que ya hablaba Baudelaire en las geniales anticipaciones de *L'Art Romantique*, ejemplificándola con el arte mexicano, el egipcio y el ninivita: no barbarie por deficiencia, sino barbarie que, en su orden, alcanza la perfección, entre infantil y sintética; que domina los conjuntos bajo una visión subjetiva y fantástica; que es casi palpación en el asedio realista de los pormenores, a través de sinonimias y difrasismo, y todavía anterior y ajena al sentido de la personalidad envolvente.

Los poemas conservados en lengua indígena se desarrollan en estrofas irregulares, versículos y grupos esticométricos, pies rítmicos sin cuenta silábica (a menudo, para el náhuatl, trocaicos), paralelismos o balanceos de vocablos,

frases y periodos, recurrencia de estribillos. Se los recitaba y salmodiaba, se los acompañaba de música, danza y escenario de pantomima.

3. Esta poesía, toda ella anónima, es fruto de dos distintas civilizaciones indígenas. Una es la civilización *materna* o medioamericana, tanto en aquella primera etapa fluvial que, aun antes de la Era Cristiana, durante unos cinco siglos, y cuando la mayor parte de Europa dormía su pesadilla prehistórica, se extendió de Chiapas a Honduras por las cercanías del Usumacinta, como en aquella segunda etapa de su misteriosa dispersión, hacia el siglo VI de nuestra Era, cuando, tras las “tribulaciones y emigraciones” —lenguaje de Toynbee—, la encontramos repartida entre Yucatán y la Guatemala montañosa. El abandono de la sede original o “alba” ¿fue efecto de catástrofes naturales, guerras, sobrepoblación, agotamiento del suelo, acaso epidemias? “¡Una civilización aniquilada por un mosquito!”, exagera Paul Valéry.

La segunda civilización indígena, *filial* y seguramente inferior a la otra, es la vagamente llamada mexicana. Se sitúa en nuestros altiplanos y abarca el náhuatl o azteca, el zapoteca, el tarasco, el otomí, etcétera.

Entre una y otra se ha roto el cordón umbilical, hay un hiato histórico, las separan vastos espacios y abismos de tiempo. La absorción de la cultura yucateca por los pueblos de la meseta mexicana pudo acontecer allá por los siglos XII a XIII. En una y otra etapa, los poetas, como los homéridas, seguirán añadiendo secularmente sus nuevos tributos al patrimonio hereditario: una nueva frase, un versículo más, una referencia complementaria. De suerte que, en las reliquias de tal poesía, se mezclan lo arcaico, lo posterior y lo moderno, de arduo discernimiento a veces. Y aparte de que cruce, de la una a la otra, la corriente subterránea que las enlaza —al punto que los mitos mexicanos se esclarecen a la luz

de las cosmogonías meridionales—, es indudable que la unificación de la conquista, por irregular que haya sido, pudo crear entre ambas ciertas contaminaciones tardías y más o menos intencionales. Y esto, aun dejando ya de lado completamente las “locuras toltecas”, que decía el profesor Raynaud, acaso imaginadas, como las locuras pelásgicas de la antigüedad mediterránea, para relacionar el presente con un pretérito ya olvidado.

Al orden vetusto o medioamericano pertenecen —“Ramayanas y Mahabáratas de América”— el corpus bíblico del *Popol-Vuh* o *Libro del Consejo*, que muestra mayor pureza arcaica; los *Libros de Chilam Balam*, donde es más sensible la confusión de épocas, estilos, grafías; y otros documentos secundarios que complementan a los anteriores respecto al periodo ya histórico de emigraciones y poblamientos, o al último ocaso de la fábula. Tales son el *Título de los señores de Totonicapan* y los *Anales de los Xahil*. Escritos en distintas lenguas de la familia maya, alfabetizados desde mediados del siglo XVI —con acrecentamientos tardíos y aun interpolaciones del XIX— por ex sacerdotes y escribas que los redactaban sigilosamente según las versiones orales y los antiguos textos hieráticos y jeroglíficos, empiezan en la Creación y cubren hasta la época hispana, donde no pueden menos de penetrarse a veces de cristianismo. Las distintas épocas y fases se proyectan en un solo plano.

Al orden mexicano pertenecen himnos, cantares, epigramas y prosificaciones incrustadas en las crónicas castellanas, de los más variados asuntos, sacros, heroicos y profanos.

4. La arqueología dista mucho de haber agotado sus sorpresas. Todavía, mientras se redactaba este ensayo, la zona mexicana daba de sí las pinturas del Paraíso de Teotihuacán (1942), y poco después, en la zona maya, las pinturas de Bonampak acaban de deslumbrar al mundo (1946). Con res-